

SENTIMIENTO DEL TOREO



Pedro Serna

SENTIMIENTO DEL TOREO

Prólogo, edición y selección
de Carlos Marzal

Miquel Barceló	Antonio Lucas
Felipe Benítez Reyes	Carlos Marzal
José Bergamín	Juan Luis Panero
Antonio Bienvenida	Rafael de Paula
Francisco Brines	Fernando Quiñones
J.M. Caballero Bonald	Joaquín Sabina
Luis Alberto de Cuenca	Ignacio Sánchez Mejías
Luis Francisco Esplá	Eloy Sánchez Rosillo
Vicente Gallego	Andrés Trapiello
Rafael Gómez, el Gallo	Mario Vargas Llosa
Félix Grande	Manolo Vázquez
	Joaquín Vidal

263

MARGINALES
TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: mayo de 2010

© del Prólogo, edición y selección: Carlos Marzal, 2010

© Del texto *Un ejercicio de deslumbramiento*: © Miquel Barceló, 2010 y Luis Francisco Esplá, 2010; de *Fugacidades y Rafael de Paula en sí mismo*: © Felipe Benítez Reyes, 2010; de *Entendimiento del toreo*: © Herederos de José Bergamín, 2010; de *La salida del toro*: © Herederos de Antonio Bienvenida, 2010; de *El arte del toreo: razonamiento de una mirada y Reflexiones taurinas de un convaleciente*: © Francisco Brines, 2010; de *Del ritual del miedo*: © José Manuel Caballero Bonald, 2010; de *Recortables taurinos*: © Luis Alberto de Cuenca, 2010; de *Mi concepción del toreo*: © Luis Francisco Esplá, 2010; de *Alamares de sol y de silencio*: © Vicente Gallego, 2010; de *El aviso*: © Herederos de Rafael Gómez, el Gallo, 2010; de *Chenel*: © Félix Grande, 2010; de *La terna de la memoria*: © Antonio Lucas, 2010; de *La quietud en el toreo y Vuelve la temporada*: © Carlos Marzal, 2010; de *Dos naturales en la Maestranza*: © Juan Luis Panero, 2010; de *Anotaciones de torero y de aficionado*: © Rafael de Paula; de *Pepe Luis*: © Herederos de Fernando Quiñones, 2010; de *De purísima y oro*: © Joaquín Sabina, 2010; de *La tauromaquia*: © Herederos de Ignacio Sánchez Mejías, 2010; de *Toros. Un recuerdo de infancia*: © Eloy Sánchez Rosillo, 2010; de *El entendido en el tendido*: © Andrés Trapiello, 2010; de *El pregón de Sevilla*: © Mario Vargas Llosa, 2010; de *Querer y poder ser torero*: © Herederos de Manolo Vázquez, 2010; de *¿Quién mira al toro?*: © Herederos de Joaquín Vidal, 2010.

Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda

Diseño de la cubierta: Estudio Úbeda

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-8383-240-0

Depósito legal: B. 14.921-2010

Fotocomposición: Anglofort, S.A.

Impresión: Limpergraf, S.L. - Mogoda, 29-31 - 08210 Barberà del Vallès

Encuadernación: Reinbook

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

- P. 13 Prólogo, *Carlos Marzal*
- La razón taurina**
- 25 Entendimiento del toreo, *José Bergamín*
- 33 El arte del toreo: razonamiento de una mirada, *Francisco Brines*
- 51 Fugacidades, *Felipe Benítez Reyes*
- 55 Del ritual del miedo, *José Manuel Caballero Bonald*
- 61 La quietud en el toreo, *Carlos Marzal*
- 71 Un ejercicio de deslumbramiento, *Miquel Barceló y Luis Francisco Esplá*
- 93 El pregón de Sevilla, *Mario Vargas Llosa*
- El zapatero en sus zapatos**
- 111 El aviso, *Rafael Gómez, el Gallo*
- 115 La tauromaquia, *Ignacio Sánchez Mejías*
- 129 La salida del toro, *Antonio Bienvenida*
- 133 Querer y poder ser torero, *Manolo Vázquez*
- 139 Anotaciones de torero y de aficionado, *Rafael de Paula*
- 147 Mi concepción del toreo, *Luis Francisco Esplá*
- De frente y de perfil**
- 161 Chenel, *Félix Grande*
- 167 Dos naturales en la Maestranza, *Juan Luis Panero*

- 175 Rafael de Paula en sí mismo, *Felipe Benítez Reyes*
183 Pepe Luis, *Fernando Quiñones*
189 De purísima y oro, *Joaquín Sabina*

La divisa del recuerdo

- 197 Reflexiones taurinas de un convaleciente, *Francisco Brines*
214 El entendido en el tendido, *Andrés Trapiello*
221 Recortables taurinos, *Luis Alberto de Cuenca*
225 ¿Quién mira al toro?, *Joaquín Vidal*
229 Toros. Un recuerdo de infancia, *Eloy Sánchez Rosillo*
237 La terna de la memoria, *Antonio Lucas*
243 Alamares de sol y de silencio, *Vicente Gallego*
249 Vuelve la temporada, *Carlos Marzal*

Apéndices

- 255 Los autores de los textos
265 Los pintores
273 Agradecimientos

Ilustraciones

- Miquel Barceló, 70
Manuel Antonio Benítez Reyes, 50, 60, 174, 179, 236
José Bergamín, 27
Véronique Bouissière, 30, 128, 162
Ricardo Cadenas, 220, 248
Joan Cardells, 212
Javier Chapa, 92, 99, 112
Luis Claramunt, 17
Antonio Domènech, 114, 121, 166, 169, 182, 228
Ramón Gaya, 11, 23, 109, 159, 195, 253
Luis Gordillo, 227
Miquel Navarro, 146, 151, 155, 242, 245
Manuel Padorno, 224
Guillermo Peyró Roggen, 54, 57
Joaquín Sáenz, 132, 138, 143
Pedro Serna, 5, 32, 188, 191, 205

Prólogo



Ramón Gaya

Prólogo

Carlos Marzal

La expresión *sentimiento del toreo* podría parecer redundante, si bien se mira, a algún espectador meticuloso. Porque, siendo el toreo una manifestación artística, ¿cómo habría de ejecutarse, de entenderse, si no es desde la expresión del sentimiento, desde la conmoción personal, desde la intimidad emocionada?

El arte ha constituido siempre una manera de sentir el universo mediante un lenguaje determinado, y cualquier lenguaje representa, a su vez, una manera de sentir el universo. Es decir: el arte es siempre un sentimiento dentro de otro. Un sentimiento que siente a través de otro: el sentimiento personal de quien escribe, pinta, torea o canta, con la ayuda de un lenguaje que ya se ha encargado de experimentar el mundo a través de su tradición. (De ahí que quien cante, toree, pinte o escriba, lo haga con todo lo que se ha llevado a cabo antes en su ámbito, con toda su tradición a cuestas, lo sepa o no. Se escribe con el cúmulo de lo que han escrito los demás antes, y se torea con la Historia del Toreo, cargada a la espalda, para bien y para mal, para orgullo de quien lo hace y para su responsabilidad propia.)

El toreo, pues, por arte, es sentimiento; pero el sentimiento, por sí mismo, no es nada. O incluso menos que nada: puede llegar a convertirse en demasiado. En simple efusión, en énfasis. El sentimiento, para ser algo, para ser su manifestación mejor, necesita estar dirigido por la inteligencia, que lo temple y lo enfría, que le quita las décimas de fiebre que requiere el caso para infundir su auténtica temperatura. Porque el sentimiento, en el arte, si no es sentimiento clarividente, no se deja sentir por el espectador, que disiente de los patetismos, que no quiere sentirlos como propios. Hasta para sentir –o precisamente para ello– hay que tener arte, hay que darse arte: un arte de sentir que todos puedan considerar suyo, hecho a la medida del sentimiento de cada cual.

El sentimiento, en el toreo, en el arte, ha de ser discernimiento, en la misma medida en que el discernimiento ha de manifestarse como sentido, como perteneciente a la emotividad y a la emoción del artista. Digamos que discierne más quien más ama un fenómeno, siempre y cuando lo ame más porque lo discierne por entero. Se trata de dos movimientos complementarios en una acción única.

De ahí que hablar, escribir, fabular, reflexionar sobre el toreo no sólo constituyan actividades que el toreo soporte, sino que son ejercicios que soportan el toreo mismo, que lo sostienen, que lo engrandecen, que lo convierten en sentimiento meditativo, en meditación sensitiva y sensual. El toreo no sólo es un rito que proviene del pasado mitológico, sino que se ha hecho presente por constituir en sí mismo una entera mitología, que, como todas las mitologías, se sustenta sobre la imaginación de los hombres, sobre su voluntad de sueño, sobre su afán

de transformar la realidad en ficción. Allí donde haya un hombre, hay un relato sobre lo que los hombres hacen, sobre lo que querrían hacer.

La literatura representa una necesidad biológica del ser humano, que es una criatura lírica, y por eso no hay ni tribu, ni pueblo, ni civilización que no posean sus cuentos de nunca acabar, sus leyendas primigenias, sus parábolas fundacionales.

Yo comprendí que los toros eran literatura, fabulación, leyendo fábulas sobre los toros. En sus *Letters from Spain*, José María Blanco White relata la historia de un noble sevillano que amaba tanto las fiestas de toros que, después de quedarse ciego de manera repentina, siguió acudiendo siempre a su barrera de sombra en la Real Maestranza, acompañado de un amigo que le relataba lo que sucedía en el ruedo. Y cuenta Blanco White que aquel caballero aplaudía, protestaba, lloraba y se enfurecía como si estuviese viendo las faenas con sus propios ojos.

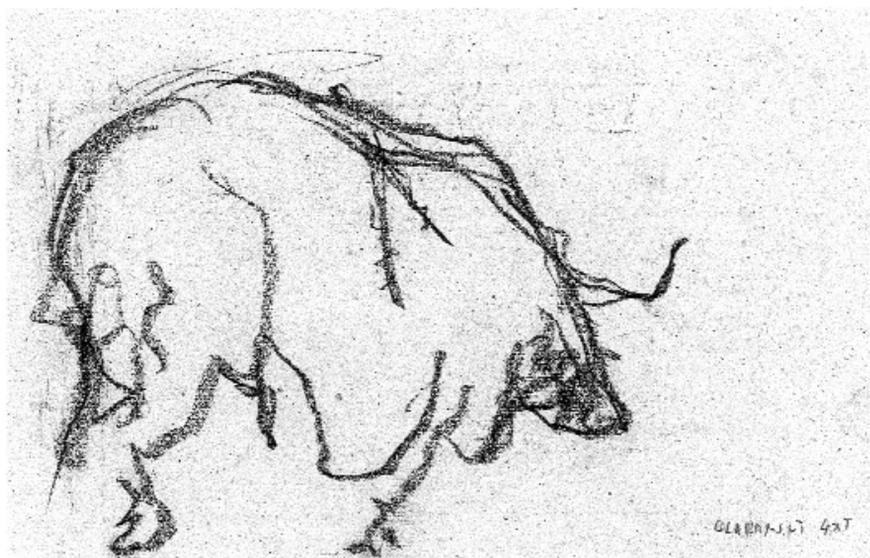
Lo cierto es que uno no puede sino sentir admiración literaria por aquel par de espectadores extravagantes. Qué grandes narradores los dos. El uno, el vidente, como transcriptor de la realidad, de su realidad narrativa, y el otro, el ciego, como traductor, como intérprete del relato ajeno, y, a la vez, como autor del suyo propio. Qué bien hay que contar, qué bien hay que contarse las cosas, no sólo para creer en lo que uno no ve, sino para ver lo que uno apenas puede sospechar que está ocurriendo. Creo que en esa anécdota se cifra una parábola sobre el carácter profundo de los toros: el hecho de que poseen, más que casi ninguna otra actividad, por su naturaleza efímera e irrepetible, una esencia literaria.

Los toros –como ese sevillano ciego del XIX necesi-

taba de la narración ajena, para realizar la suya propia— también necesitan ser contados, referidos, engrandecidos hasta la leyenda por los espectadores, que son, cada cual con su talento, intérpretes de lo que ven y propagadores futuros de lo que vieron. El toreo —digamos— es una actividad para los ojos en no menor medida que para las bocas, para la mirada que analiza tanto como para la voz que relata, que fabula.

Un buen espectador taurino creo que se parece mucho a un buen lector, pero al aire libre, preso en el círculo hechizado del ruedo. Un buen espectador es alguien que *lee* bien en lo que mira —eso es *ver*, en términos taurinos—, alguien que asiste desde su conciencia al fenómeno que ocurre ante sus ojos. La lidia es un texto en marcha, de carácter único, sin vuelta atrás, sin posibilidad de relectura, que el aficionado juzga mientras le sale al paso.

Como el texto literario —que debe ganarse página tras página a su lector, y al que no le sirven las pasadas glorias, los pasados textos—, el texto taurino cobra cuerpo cada tarde, y cada tarde debe hacerse respetar por el aficionado que mira en él para ver. Porque, aunque la memoria del aficionado vive de grandes jornadas, de faenas redondas, de lidias platónicas, el torero posee ante el espectador el crédito que se gana en el instante de plantarse ante el toro, lo mismo que el poeta tiene ante su lector, por más textos dignos de memoria que haya escrito, la reputación urgente del nuevo poema que está siendo leído (de ahí que en el silencio de nuestra casa, bajo la lámpara tutelar, y por más que nos sintamos partidarios de determinado autor, nos consideramos decepcionados en lo hondo, si una obra no responde a la buena opinión que teníamos del artista).



Luis Claramunt

El aficionado practica también una suerte de mirada mística, una mirada que recurre como ninguna otra a la fe suprema. Si el taurino se rige, en el instante de la faena, por la fe del carbonero –y necesita creer sólo en lo que ve que está ocurriendo–, también su memoria es obra de la fe del creyente fervoroso, porque está repleta de acontecimientos a los que nunca ha asistido. Un buen aficionado está religiosamente seguro de saber cómo lidiaban Cúchares y Pepe-Illo, Joselito y Belmonte, Rafael el Gallo y los demás de la leyenda. Aunque no los haya visto jamás. O mejor aún: en virtud de no haberlos visto jamás y conocerlos por el relato, por la epopeya. La fábula resulta una fuente científica para un buen aficionado, sobre todo por su carácter irrefutable. No hay nada más enternecedor que ver a dos taurinos enzarzados en una discusión acerca del toreo de los fantasmas. Porque sí: la mirada taurina participa de la sabiduría fantasmática.

Hubo un tiempo –hace ya casi treinta años– en que codirigí una revista. Se llamaba *Quites*, y pretendió ser una publicación de literatura, pintura y toros. No una revista de pintura y literatura con el pie forzado de los toros, con la excusa de lo taurino, sino una revista de tres cosas distintas y un solo interés verdadero: el arte.

Por aquel entonces, tenía la secreta intención de convertirme en escritor. O mejor dicho: en poeta (porque daba por sentado, con atrevimiento y convicción adolescentes, que los únicos escritores con mayúscula eran los poetas, mientras que los demás permanecían en las intermediaciones de la escritura, sin poder acceder jamás a su centro imantado). Y en mi imaginación, claro está, reso-

naban los nombres de algunos de mis poetas predilectos, grandes taurinos: Manuel Machado, Lorca, Alberti, Gerardo Diego, Bergamín, Brines. En definitiva, la tarea de editar aquella revista representaba, aunque fuese de forma simbólica, el sueño de sumarme también a una gloriosa tradición, una manera de estrechar quiméricos lazos de familia.

Creo que aquellos años –y no sólo por el hecho de ser los mitológicos años de mi juventud– poseen razones suficientes para ingresar en la mitología taurina. Recordemos que fueron los de las reapariciones de Manolo Vázquez y Antoñete, y que estaban en activo (por citar sólo a unos cuantos toreros de mi gusto) Rafael de Paula, Curro Romero, Joselito, Esplá, Emilio Muñoz, José María Manzanares, Ortega Cano, Paco Ojeda.

Para *Quites* escribieron y pintaron muchos artistas: la mayoría eran aficionados completos, y algunos otros simples espectadores ocasionales. Pero todos ellos comprendían a la perfección el vínculo ineludible que existe entre el arte y los toros.

Sin ese vínculo, el arte de los toros no sólo no sería lo que es en la actualidad, sino que sencillamente *no sería*. El primer individuo que tuvo la ocurrencia de plantarse delante de un toro, sin ninguna necesidad de incurrir en ese disparate, para desafiar al animal con su destreza, con sus engaños, con sus suertes de encantamiento, acometió un acto gratuito, caprichoso, como son caprichosos y gratuitos todos los actos de naturaleza artística. Desde entonces, el universo del arte no ha dejado de encontrar en la tauromaquia una fuente de emoción estética –la estética de la emoción–, que ha nutrido sus creaciones, sus reflexiones, su manera de entender no sólo su oficio y sus

trabajos, sino también parte del modo en que sus trabajos y su oficio interpretan la realidad.

Los espectadores taurinos –sean o no conscientes de ello– son criaturas modeladas por siglos de miradas artísticas. Los espectadores taurinos, en virtud de una tradición opulenta, están obligados a ser no sólo espectadores, sino aficionados: buenos aficionados. Los buenos aficionados son quienes asisten a una plaza de toros para sumarse a la opulencia de su tradición, para disfrutar, con todo el acarreo de una cultura inmensurable, de la ceremonia que se lleva a cabo en la arena. Es decir, los buenos espectadores están obligados a ser intérpretes de la fiesta no sólo según los preceptos taurinos, sino también mediante lo que el arte ha hecho de la fiesta con el pretexto de la fiesta misma.

De ahí que sin memoria artística de lo que ha ocurrido en los ruedos, el arte de los toros no tendría más presente que el de su pura ejecución, y sin embargo las faenas prosiguen más allá de su materialidad, convertidas –insistimos– en ficción, gracias al arte, que les concede su eco y su leyenda.

Este volumen, *Sentimiento del toreo*, representa, en cierta medida, un manual de buenos espectadores taurinos, para buenos espectadores. Para aficionados: los que ya lo son y los que pronto lo serán. Un manual (como son los mejores manuales) sin reglas, pero sí con ejemplos, con muchos ejemplos: con muchos puntos de vista ejemplares sobre el arte de los toros.

Se trata, como ya he dicho, de una forma de pensar el universo taurino, mediante el sentimiento, y de sentirlo mediante el pensamiento. Todos los testimonios que aparecen en estas páginas son a la vez fruto del temblor y de

la inteligencia, acciones reflexivas y al mismo tiempo emocionales, como no podría ser de otra manera al asomarse al mundo del toreo.

Este libro aspira a ser distintas obras –una muestra de alta especulación, una galería de retratos, un compendio de inquietudes y curiosidades de algunos toreros ilustres, un ejercicio de la memoria sentimental de distintos escritores, un repertorio de faenas reencarnadas en las palabras–, pero aspira, por encima de todo, a ser una obra en particular: la orgullosa celebración, en el mundo del arte, de un arte que constituye todo un mundo. El arte del toreo.

Valencia, marzo de 2010